

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 1.º de Abril de 1897

Núm. 332

ACTUALIDADES



La princesa Caraman Chimay



Palique

El nuevo Presidente de la República de los Estados Unidos, tuvo á bien manifestar á un periodista español, su buen deseo de conservar amistosas relaciones con nuestro país, valiéndose de una frase que debe ser sagrada para todo buen católico, pues no es ni más ni menos que la *anti-estrofa* del *Gloria* que cantan en la misa... cuando la misa es cantada, por supuesto.

Pero, amigo, ni rezado ni cantado admiten el *Gloria* nuestros buenos patriotas; si bien ellos lo ponen en solfa, y también en caricatura, riéndose á mandíbula batiente de Mac-Kinley y de su frase bíblica: *paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*.

Como la autoridad eclesiástica suele tener á los fieles tan apartados de la lectura directa de la *Biblia* (no por precepto, sino á consecuencia del sentido general de nuestra enseñanza religiosa), no faltará patriota, muy cristiano, que crea que esa frase del Presidente *yankee* es un *infundio* discurrido por Sherman ú otro así.

En un país en que hay obispos que aconsejan mantener á toda una raza en una especie de servidumbre moral, en una manera idolátrica de ser cristianos y españoles fieles; y obispos y arzobispos que piden tropas y mandan tropas para cazar hijos de Dios y hermanos en Cristo; en un país semejante, es natural que el pueblo *católico por excelencia*, se ría y se burle de un *protestante* que nos promete paz diciendo... lo que dicen en la misa.

Somos cristianos viejos... pero con mucha sangre torera.

Esta es la tierra de María Santísima, pero principalmente de Lagartijo.

Nuestro alto clero, en general, entiende la religión y sus relaciones con la política, como los sacerdotes de las óperas que suelen (véase la *Africana*) asaltar al tenor, que es extranjero, en medio de un bosque, y rodearle gritando, entre el estrépito de trompas y clarines... *Lo straniero! la mortel!* y cosas así.

Sí: *Aida*, la *Africana*, *Norma* y otras óperas serias son el modelo de nuestros *coros de obispos*. Dicho sea con el respeto debido.

En un país así no se puede ser *Vasco*.
Hay que ser *vasco...ngado*. Y con boina.

*
* *

Pero qué ha de suceder en una nación que consiente en gemir años y años bajo el poder del autor frustrado de *Tirso de Molina*!

Qué ¿no lo sabían ustedes? *La Correspondencia* lo cuenta. Cánovas *tiene* un crimen anterior á *La Campana de Huesca*. Antes de esa, ya quiso dar otra campanada. Pero Mesonero Romanos le quitó el badajo á D. Antonio.

Entendámonos: *Tirso de Molina* era un drama que Cánovas *se traía* de Málaga, no se sabe si en unas alforjas, como el estudiante gallego de *El Café*; y su tío, el de Cánovas... y de *su tiempo*, el célebre D. Serafín, que fué quien le enseñó á escribir y mirar torcido, recomendó el drama y á su autor al ilustre *Curioso parlante*. Pero el drama, naturalmente, era un disparate. Tirso, siguiendo una leyenda vulgar y sin fundamento, aparecía en su juventud entregado á la vida de tronera, hecho un D. Juan Tenorio...

¡Y qué de ripios diría el futuro fraile de la Merced! Claro, á Mesonero le pareció un escándalo un Tirso de Molina que tan excelentes versos escribió, hablando en verso canovístico, que ya sabemos todos ¡ay! *Elisa*, como es. D. Ramón (y no D. Manuel, como llama el narrador de todo esto á Mesonero, después de llamarle D. Ramón), *echó tierra* al drama... y hasta ahora.

¡Pobre *Campana de Huesca* que no tuvo *Curioso Parlante* que la inhumase oportunamente!

Si á D. Antonio le hubiera salido al paso un Mesonero Romanos para cada fechoría literaria... quizá no hubiera llegado á Ministro... pero tampoco dejaría á la posteridad la fama de *Tropmann* literario que deja. Morirá dejando la buena memoria de un Salaverría ó de un Barzanallana, ó cualquiera de esos próceres de quien sólo saben muchas cosas los poquísimos Piralas que estudian con pelos y señales la historia de nuestras *revueltas políticas* y de nuestros *revueltos (ríos) administrativos*.

CLARIN.





Reina de Grecia

El Estreno

El teatro estaba desanimado; las pocas mujeres que había en los palcos y en la platea, feas y vulgares; la piececilla estrenada, de lo más insulso; los autores, dignos de la prisión correccional en su grado máximo. En casos semejantes una persona decente se aburre y por poco que haya cultivado el pesimismo, acaricia vagamente la idea del suicidio.

O la de tomar la puerta é irse á ensanchar los pulmones con la fresca brisa de la noche y el espíritu con la contemplación del firmamento. Nunca aparece tan hermoso y tan poético un cielo infinito en donde titilan millones de mundos, como cuando sale uno de una función teatral estúpida; pasar súbitamente de las esferas del idiotismo á las de la sublimidad ¡qué delicia tan pura!... Desgraciadamente aquella noche llovía á cántaros y por el momento aquel sitio de embrutecedor fastidio lo era también de refugio.

— Bostezáramos á duo ¿quiéres?...—dijo á media voz una ídem amiga.

—Qué buena idea has tenido, Pepe—contesté tendiendo la mano á mi antiguo camarada D... que acababa de sentarse en la butaca vecina.

—Mis ideas son siempre buenas — replicó riendo. — Te he visto hace un instante y tenías un aire tan desconsolado, que he creído un deber de amistad el venirme á ofrecer mis auxilios.



Rey de Grecia

—Que acepto agradecido. Charlemos un poco, siquiera sea *á sotto voce*; es el único medio que veo de escapar al letal fastidio que inspiran esa pieza y sus dignos intérpretes.

—¡Pobre hombre!—murmuró con acento de honda compasión mi adlátere.

—¿De quién hablas?...—pregunté extrañado.

—Del autor de la obra.

—¿Le conoces?

—Sí: y tú también le conoces ó le has conocido, cuando menos. ¿Te acuerdas de Res-tituto González, un chico que estudiaba con nosotros segunda enseñanza?

—Sí, recuerdo... un muchacho alto, feo, amarillo y flaco que siempre estaba haciendo versos.

—El mismo.

—Los profesores le suspendían con admirable regularidad entre el 15 y 30 de Junio de cada año, y él se vengaba de este proceder en letrillas satíricas.

—Cabal. Pues aquel González de nuestra florida adolescencia es el González, autor de éste y otros esperpentos literarios.

—¿Y vive de eso?

—¡Hombre! tanto como vivir no sé... El otro día le vi por la calle y más bien me pa-reció un difunto, una aparición espectral que un poeta en carne y hueso. Estaba todavía



Princesa de Grecia

mucho más alto, más amarillo y más diáfano que en la época que acabas de recordar de sus memorables calabazas. ¡Y cómo no!... un poeta elegíaco, porque también recordarás que su fuerte era la elegía, la cuerda sentimental, que se empeña en sacar los garbanzos del género cómico...

—¿Y por qué no se dedica al género serio?

—Lo hizo durante algunos años y logró que le representasen dos dramas: histórico el uno; social-tendencioso, como él mismo decía, el otro. Hundiéronse ambos, desde la primera noche, silbados de una manera monumental. Entonces se dijo Restituto: «escribiré para el teatro chico; seré autor cómico; después de todo, no hay nada en nuestra escena contemporánea que sea tan lucrativo como eso; verdad es que el arte, el verdadero arte hacia el cual me inclinan mi talento y mi modo de sentir, brilla en ese género por su ausencia ó sale completamente atropellado; pero ¿qué remedio queda?... el público no está hoy por el arte serio, de alto vuelo; el público quiere reír; el público prefiere á los nobles acentos de Melpómene y de Talía, las carcajadas de Momo. Sea... hay que complacer al público soberano: ó mejor dicho, hay que comer. ¿No son hoy los autores festivos los únicos que gustan, los únicos que ganan dinero y llegan hasta á enriquecerse?... Pues seré autor festivo.» Y González se echó á autor festivo.



Príncipe heredero de Grecia

—¡Vaya un autor festivo!... — observé con compasión. — En mi vida vi una mamarrachada más infeliz que esta.

—Conformes. ¿Crearás sin embargo, que Restituto empezó con buen pie... Sí: sus dos ó tres primeras piececillas gustaron, hicieron reír; no porque fuesen buenas, ni tuviesen vis cómica, ni gracejo ni nada recomendable; eran verdaderas payasadas, pero cayeron en gracia y ya sabes el proverbio: vale más caer en gracia...

—También esto es una payasada; pero no me parece que el público la tome con benevolencia... Sospecho que empiezan á silbar.

—Como han silbado las demás piezas que sucedieron á las dos primeras. El pobre Restituto tiene una mala sombra que le persigue sin descanso y que no le suelta. ¿Sabes en qué condiciones ha escrito este sainete desdichado, lleno de chistes insustanciales y de agudezas que inspiran tedio?... Teniendo á su mujer enferma, poco menos que desahuciada; luchando con la falta de alimentos, con la falta de medicinas, en un miserable tugurio, en donde reina un frío espantoso y la desnudez más completa. En tanto ella deliberaba abrasada por la calentura, él tiritando, trazaba este cuadro bufo. ¿Te imaginas tu la situación de espíritu de un hombre, buscando situaciones grotescas y ocurrencias graciosas, mientras que su corazón chorrea sangre y sus ojos se anegan en llanto y su cuerpo se cae de debilidad?... Al concluir la pieza corrió á ofrecerla al empresario, rogándole que la aceptara por compasión. El empresario la tomó por caridad y... ahí tienes al infortunado



Khedive de Constantinopla

poeta cómico con un desengaño más, con una esperanza menos, pensando que este nuevo parto de su ingenio no le proporcionará ni una peseta, y que en su casa no hay pan.

* * *

Cayó el telón en medio de un silencio glacial, que turbaron sólo algunos siseos y un estrepitoso bostezo salido de un rincón del teatro. Fué esta la única gracia que hizo reír al público.

Fuímonos Pepe y yo, renunciando á la última lata que faltaba para concluir el programa. Continuaba lloviendo á cántaros y las luces mortecinas de los faroles titilaban en medio de la atmósfera espesa, impregnada de agua. Un grupo de jóvenes salía al mismo tiempo que nosotros, charlando alegremente, comentando con crueles mofas la *gracia* y el éxito de la pieza recién estrenada. Y junto á ellos vimos deslizarse silenciosa y triste la escuálida silueta de un hombre.

—Mírale... ahí va...—me dijo á media voz Pepe.

Y reconocí á González, á nuestro antiguo condiscípulo en el lamentable y encorvado ser que con las manos en el bolsillo, la cabeza caída sobre el pecho, se alejaba lentamente, se perdía en la obscuridad de la noche, recibiendo sin defensa el formidable aguacero que seguía cayendo.

JUAN BUSCÓN.



Shah de Persia

Prueba al canto

Discutíamos una noche en el saloncito verde del *Círculo de pensadores trascendentales* (sociedad que murió muy joven por falta de cuotas), acerca de socialismo y comunismo, y el buen Zenón Veleta, siempre amigo de contradecir, porfiaba que ninguno, ni aún los mismos que echan bombas de dinamita ó clavan puñales y suben al patíbulo, es comunista de verdad en el fondo de su alma.

—A mí no me digan,—argüía Zenón.—No existe el tal comunismo; es una farsa, moralmente hablando: obras son amores y no buenas razones.

—Y no llama usted obras,—exclamó el excelentísimo señor don Tristán Molinillo, individuo correspondiente de la de Ciencias históricas de Estocolmo,—á dejarse apretar el pescuezo? Quisiera yo verle á usted...

—¡Antes ciegue usted que tal vea!—saltó furioso Zenón.

—Entiéndame usted bien: yo sostengo que todos los días aparecen gentes que se juegan la vida por un quítame allá esas pajas. Cada novillada, en los pueblos, cuesta dos ó tres muertos y diez ó doce heridos graves. Que se encienda ahora una guerra civil al grito



Príncipes de Bulgaria

de... lo que ustedes gusten, y sobrarán voluntarios. Arme usted un motín, por consumo va ó consumo viene, y se echarán á la calle como fieras innumerables ciudadanos ayer pacíficos, sin temor á que les rompan la crisma. Por unas copas; por diez céntimos; por una palabra más alta que otra; por cualquier futesa, se desmondongan los chulos en tabernas y fandangos. Créalo usted; de la vida hace poco caso el hombre; facilmente la tira por la ventana: el morir en aras de una doctrina ni siquiera indica que el mártir la profesa sinceramente. El caso, señores, no es morir por una doctrina, sino *vivir* por ella y según ella.

Ahí está como yo juro y perjuro que no existen tales comunistas ni anarquistas; que son un mito, engendrado por el miedo burgués. Y si no, á la prueba.

¿Dónde encuentran ustedes un comunista que, poseyendo bienes, los ponga en común, sin reservar para sí especialmente nada que los demás no disfruten? ¿Dónde se oculta un anarquista que, si le dan un mandillo, no lo ejerza, y si puede subir prefiera bajar? ¿Por qué será que no hay millonarios comunistas, ni ministros y generales á quienes les seduzca y extravíe el anarquismo? ¿Quién, de dos gabanes, entrega uno al prójimo? Cuando se me presenten ejemplos, confesaré que el comunismo es *una idea y no un estado de exasperación causado por la necesidad*.

—Amigo Veleta,—le interrumpí,—yo conozco, no á uno solo, sino á muchos comunistas y anarquistas como los que usted describe y dice que no ve por ninguna parte. Son comunistas de pies á cabeza, porque sin dejar de hallarse dispuestos á arriesgar la vida, y



Reina de Holanda

arriesgándola y perdiéndola muchas veces por sus convicciones. á toda hora se regulan por ellas, y ajustan á ellas sus actos más insignificantes, y hasta sus pensamientos. Nada quieren poseer individualmente; el ejercicio del poder les repugna; la propiedad les enfada, y son tan partidarios de la igualdad, que ni en vestir ni en comer, ni en casa y lecho, se diferencian una línea. Son tan exaltados en sus creencias, que para servir las mejor renuncian al amor y á la mujer, y andan descalzos...

—¡Bah!—exclamó Veleta.—Adivino quiénes son esos comunistas á que usted alude. Se trata de los frailes... ¿Y no sabe usted por qué los frailes parecen excepción de la regla que afirmo? Porque esos se muestran comunistas en vida, sin otro fin que ser los más refinados individualistas... después de la muerte. Bajo el supuesto colectivismo, cada cual busca su propio bien, la salvación de su alma, inconfundible con las otras, y la alegría de su cuerpo bienaventurado; una mayor ración de gloria, comprada á precio de la igualdad y la renuncia á toda propiedad y á todo interés mundano... Sí; llámeles usted tontos: conversación. Nadie se inmola *diariamente* por el bien ajeno. Individualistas prácticos aquí ó en el Paraíso... pero siempre individualistas.

No se es comunista más que por *fuera*, porque no hay teoría económica ni social capaz de suprimir el *yo*. ¿Quieren ustedes que les cite un hecho que prueba esta terrible verdad en toda su desnudez y su espantosa crudeza? En dos palabras lo cuento.

Conoci íntimamente á un socialista-comunista muy ardoroso, persuadido, de buena fe, y además propagandista. Mil veces había arrostrado la muerte este hombre, y por úl-



WORMS. — Un bisoño



GEROME. — Comerciantes del Cairo

BOUGUEREAU



La toilette rústica

timo, á consecuencia de una de sus algaradas insensatas, echáronle el guante y le empaquetaron para Fernando Póo. Por casualidad iba yo en el mismo barco... Sobrevino una borrasca deshecha; el buque, combatido por el oleaje furioso, amenazaba hundirse, y se echaron al agua los botes.

Uno de ellos, el más chico, estaba atestado de niños y mujeres, y con la excesiva carga se iba á fondo. Ideamos sostenerlo con cables, mientras se pasaba alguna gente al esquife mayor. En aquel momento de vértigo y de confusión indescriptible, el comunista fué el encargado de sostener la cuerda. La agarró con ahinco, y al principio sólo notó un ligero escozor; luego empezó á arderle la palma de la mano como si tuviera en ella áscuas encendidas. Si soltaba, eran perdidos los del botecillo: había que sufrir, que dejarse arrancar la piel y la carne. Pero el dolor crecía, la sensación era tremenda, y el comunista, lanzando un terno, aflojó el cable y vió que el bote, como una piedra, descendía al abismo.

Quedó tristón — ¿á qué negarlo? — pero me confesó que si cien veces le arde la mano así, otras cien deja hundirse el bote. Esto es el pan nuestro de cada día. Veinte existencias apenas no pesan lo que un *verdadero* tormento propio.

Calló Veleta, y todos le imitamos. Y al mirar su rostro repentinamente pálido y contraído, pensé, sin querer, que él era el comunista deportado, y busqué en la palma de su mano derecha la señal de la llaga.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Cantares populares

Debajo de los laureles
tiene mi dueño la cama,
y cuando se va á acostar
cuelga el mandil en la rama.

—
Porque me ves pobre y fea
no me quieres á tu lado:
anda con Dios, compañero,
que el mundo no se ha acabado.

—
Yo te quería á tí sola
y tu querías á dos;
tu querías repicar,
y andar en la procesión.

—
Adiós calabozo y cárcel,
sepultura de hombres vivos,
donde se amansan los guapos,
y se olvidan los amigos.

—
Si supiera que en el mundo
se vendían corazones,
fuera yo y comprara uno
porque el mío está en prisiones.

—
Ya no vivo yo en la calle
donde usted me conoció,
que vivo en la travesía
del Desengaño mayor.

—
Una morena se vende
dicen los apreciadores;
una morena con gracia,
no se paga con millones.

Ni contigo ni sin tí
tienen mis males remedio;
contigo porque me matas,
y sin tí porque me muero.

—
Cada vez que paso y veo
las puertas del campo santo,
le digo á mi cuerpecito:
— ¡Aquí tendrás tu descanso! —

—
Para qué quiero yo el pelo
no sabiéndolo peinar,
para qué quieres tú amores
si no los sabes amar?

—
Pensando en tí me dormí,
cara de cielo estrellado;
despierto me hallo sin tí,
¡qué sueño tan desgraciado!

—
Te quiero más que á mi vida,
más que á mi padre y mi madre,
y si no fuera pecado
más que á la virgen del Carmen.

—
Una estrella se ha perdido,
en el cielo no parece,
en tu casa se ha metido
y en tu cara resplandece.

—
Una mujer fué la causa
de mi perdición primera,
no hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.

S. CORRONS



El Moulin de la Gallette

La artillería postal

—Desengáñese usted, amigo mío: es un punto de la historia no aclarado todavía, si Alfonso el Sabio fué ó no el primero que, en 1257 en el cerco de Niebla contra los moros, utilizó la pólvora ya conocida por los chinos antes de la Era cristiana; pero está fuera de toda duda que en 1343, es decir, tres años antes de la batalla de Crécy, en la que Eduardo III venció á Felipe VI con el auxilio de las bocas de fuego, *desconocidas hasta entonces*, según los cronistas franceses, los españoles ya hicimos uso del cañón en el sitio de Algeciras. Por consiguiente, si nuestra es la invención de esa máquina destructora, nuestra debe ser también la iniciativa en las aplicaciones civilizadoras del invento.

Así me hablaba cierto día un pobre loco que frecuentaba mi casa á menudo con gran complacencia de mi parte; pues á lo ameno de su conversación uníase lo estrambótico de sus ocurrencias, siempre relacionadas con el arma de artillería, á la que había pertenecido como oficial antes de que se le trastornara el juicio.

—Y bien,—repuse yo dándole por la corriente como de costumbre:—¿qué nuevo proyecto acariciamos? ¿Algún viaje de tres cuartos de siglo á *Capella* que sobrepuje el de Mastón á la luna?

Mi interlocutor hizo un gesto de contrariedad; y tomando un tono solemne:

—¿Cree usted — me dijo — que yo me propongo, como Julio Verne, embaucar á las gentes sencillas con hipótesis irrealizables? Mi plan es práctico y tiene una inmediata aplicación.

A. H. SCHRAM



Carta de amor

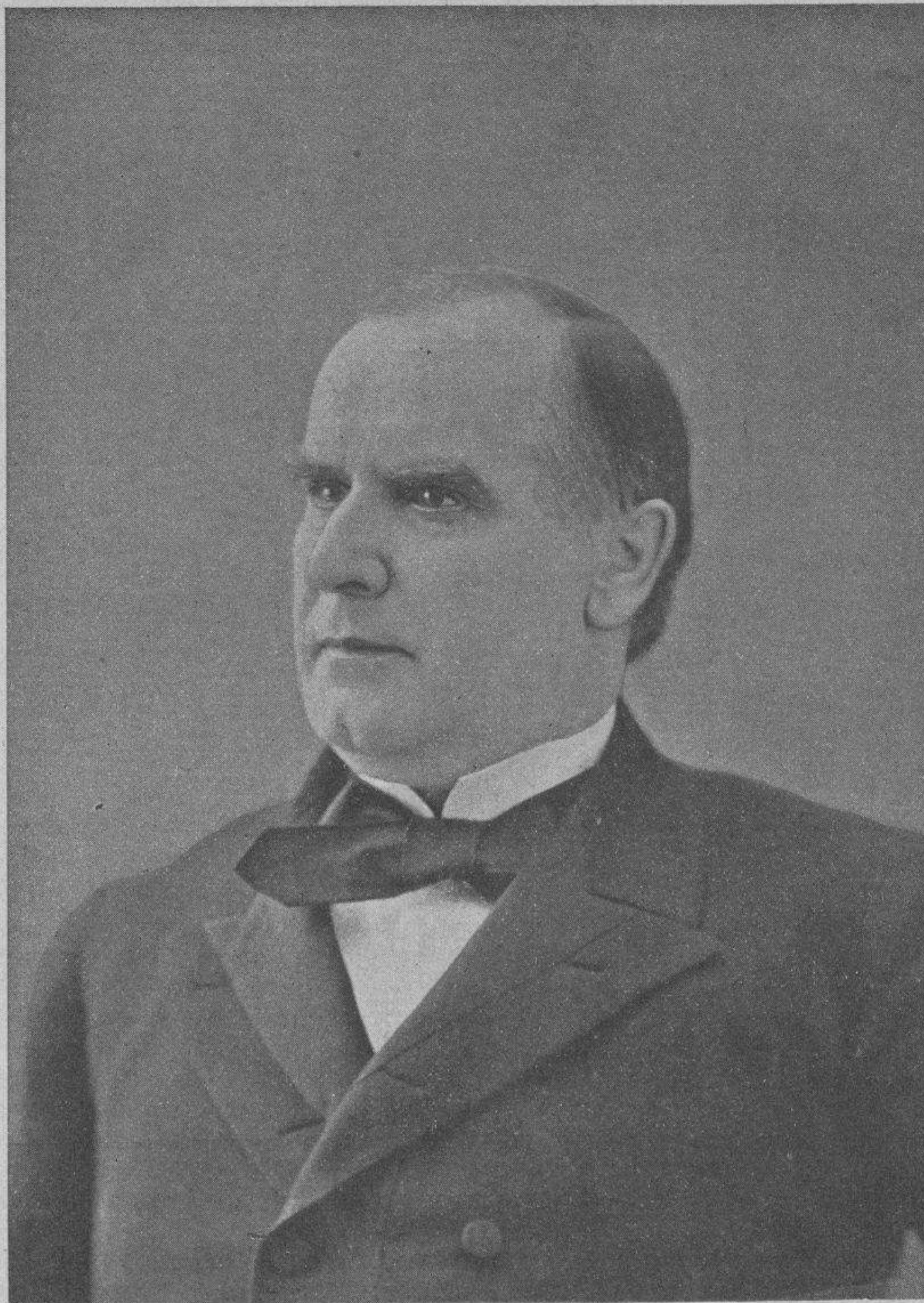
Excuséme con mi falta de conocimientos científicos, y ya más tranquilizado el loco prosiguió de esta manera:

—¿Usted sabe lo que es una carta?

—A mí me parece que es un papel escrito, por medio del cual se comunican dos personas ausentes.

—Convenido; pero esa comunicación encierra un interés, satisface una necesidad, entraña un negocio; y por consiguiente cuanto antes llegue á su destino, tanto más pronto realiza su misión. Luego una carta es una fuente que aumenta la riqueza pública en proporción de la velocidad con que corre. Prueba de ello la conducta observada para ganar tiempo por los ingleses, verdaderos organizadores del servicio postal. Cuando aún no existía el canal de Suez, llevaban en vapor su correspondencia hasta Alejandría, y de allí la transportaban por tierra al lado opuesto del istmo, donde otro vapor la esperaba con las calderas encendidas para seguir rumbo al extremo Oriente, evitándose así el rodeo por el Cabo. ¿Estallaba una guerra en el continente? Establecíase al punto el tren infernal de París á Calais, desde donde un buque de mucho andar conducía á Dover las cartas para ser reexpedidas á Londres sin pérdida de minuto por el convoy relámpago; pues de aguardar las salidas reglamentarias de los correos ó las combinaciones del servicio marítimo, se desperdiciaban por lo menos veinticuatro horas, que, reducidas á cuartos, equi-

NUEVO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS



Mac - Kinley

valían á muchos millones en la ciencia mercantil. Y sin embargo, un pueblo tan previsor, sigue enviando lo que podía llamarse el pan del comercio, con la lentitud de una mercancía privilegiada. ¿Para cuándo guardan los cañones?

—¡Cómo!—le pregunté asombrado.— Se propone usted hacer de la artillería el conductor del pensamiento escrito?

—Ni más ni menos.

—Pero poco á poco; no tendrá usted la pretensión de que la fuerza expansiva de la pólvora luce ventajosamente con la electricidad.

—De ningún modo; pero observe usted que por el telégrafo no circulan más que ideas, y mi propósito es hacer que viajen los objetos. El alambre puede cursar el extracto de una carta; mas no el documento de giro con sus firmas, ni el periódico con sus apreciaciones, ni el libro con sus datos. No es propiamente un medio de locomoción. Haciendo, pues, caso omiso de las Malas marítimas, cuya velocidad media no excede de doce millas por hora, resulta que el vehículo más rápido que se conoce es el ferrocarril, que en sesenta minutos transpone una distancia de cincuenta kilómetros. Pero este tipo de marcha



Emperadores de Austria

señalado para el tren correo en los reglamentos de las compañías, dista mucho de ser el efectivo en la práctica; hay que deducir la menor fuerza de vapor en la entrada y salida de las estaciones; las paradas en éstas, si bien de poca monta, ni aun en los puntos en que los viajeros comen, y durante cuya operación las cartas que no tienen necesidad de reconfortar el estómago se deshacen de impaciencia; las subidas, las bajadas, las curvas, los puentes, los empalmes, los cruces, los transbordos y tanta cortapisa como da lugar á que un trayecto de quinientos kilómetros que á cincuenta por hora podría recorrerse en diez, absorba sus quince bien contadas. En resumen: treinta y tres kilómetros positivos.

—Vengamos ahora al cañón,—interpuse aprovechando un momento en que mi interlocutor escupía.

—A él vamos. Y ya que tan entusiasta se muestra usted del autor del viaje *De la tierra á la luna*, voy á utilizarlo como testimonio. Según Verne, el columbiad Rodman ensayado en el fuerte Hamilton, lanzaba una bala de media tonelada de peso á una distancia de seis millas, ó lo que es igual, ocho kilómetros, con una velocidad de ochocientas yardas por segundo. En el sitio de París los cañones Krupp han hecho otro tanto con una precisión matemática. El proyectil recorrería, pues, los ocho mil metros en la sexta parte de un minuto; pero como el fuego no ha de ser rectilíneo, suponiendo que describa un semicírculo (lo que equivale á vez y media el diámetro), la bala invertirá, en números redondos, quince segundos para transponer los ocho kilómetros ó diez y seis minutos para los quinientos.

—¡Magnífico!—exclamé yo, fingiendo adherirme á su entusiasmo.—Pero se me ocurre un inconveniente. ¿Dónde va usted á encontrar una pieza capaz de arrojar una bala que de un sorbo se haga el camino que media entre Valencia y Madrid?

—No sea usted mentecato,—repuso el loco.— El proyectil no caminará más que ocho kilómetros, que es el alcance del cañón. Así, pues, en los quinientos que nos sirven de pauta, el correo hará sesenta y dos disparos, correspondientes á las zonas en que el trayecto se halla dividido.

—Ya lo entiendo. En cada estación habrá una pieza del mismo calibre que se cargará con la bala recibida para reexpedirla á la inmediata.

—Eso es. Con la sola diferencia de que la bala no será la misma; porque si bien por dentro tendrá un forro refractario para preservar la correspondencia, el calor exterior no permitirá servirse de ella nuevamente. Transbordadas, pues, las cartas, cuya operación se

reduce á abrir los machones que separan en dos el proyectil llegado y cerrar los del que va á partir, supongo que no se invertirán, entre la recepción de un tiro y la expedición del otro, más de dos minutos, ó sean ciento veinticuatro en toda la línea, que con los diez y seis de la marcha suman ciento cuarenta; poco más de dos horas y cuarto: total, una economía de trece sobre los ferrocarriles. Las ventajas que de ello se desprenden no hay para qué encarecerlas: ni un choque, ni un descarrilamiento, ni retrasos por lluvias ú otro fenómeno meteorológico.

—Y toda la revolución — interpuse — puede realizarse con sólo cambiar una letra. En vez de decir: «La Mala viene,» se gritará: ahí llega la *Bala*.

—El personal, como usted colige, estará compuesto de artilleros.

—Es claro; y la administración se hallará establecida en el parque.

—Cabal.

—Lo que á mí me preocupa es el servicio nocturno. ¿Cómo podrá verse la llegada del correo?

—Por las espoletas de los proyectiles.

—Es verdad; pero si á un tren se le apaga el farol y... le rebana la cabeza á un empleado...

—Será un accidente como el de coger á un individuo entre los topes de los vagones.

—Tiene usted razón. Todo se reduce á variar la fórmula del parte facultativo; cuando ocurra un siniestro semejante se dirá: «El artillero fulano recibió una mala noticia».

—Luego ¡qué beneficio para el público! Saber por las detonaciones la hora que es.

—Y no más mosquitos.

—¿Cómo?

—Ni epidemias. ¡Pues poco purificada estará la atmósfera con tanto tiroteo!

—Fíjese usted ahora en la segunda parte de mi proyecto.

—¡Ah! ¿Tiene dos?

—La distribución á domicilio. Se acabaron los carteros. Porque debo advertirle á usted que las cartas también sufren una modificación radical. En vez de ir encerradas en un sobre, se las rolla y se las ajusta en una bala de fusil, cilíndrica, cerrada á rosca y dispuesta como un cartucho metálico, sobre el que se pone la dirección en una tira de papel.

—De modo que habrá que ir á casa del armero cuando quiera uno proveerse de artículos de escritorio.

—Estos cartuchos tendrán un color determinado para cada provincia; así es que al depositarse la carta en el buzón...

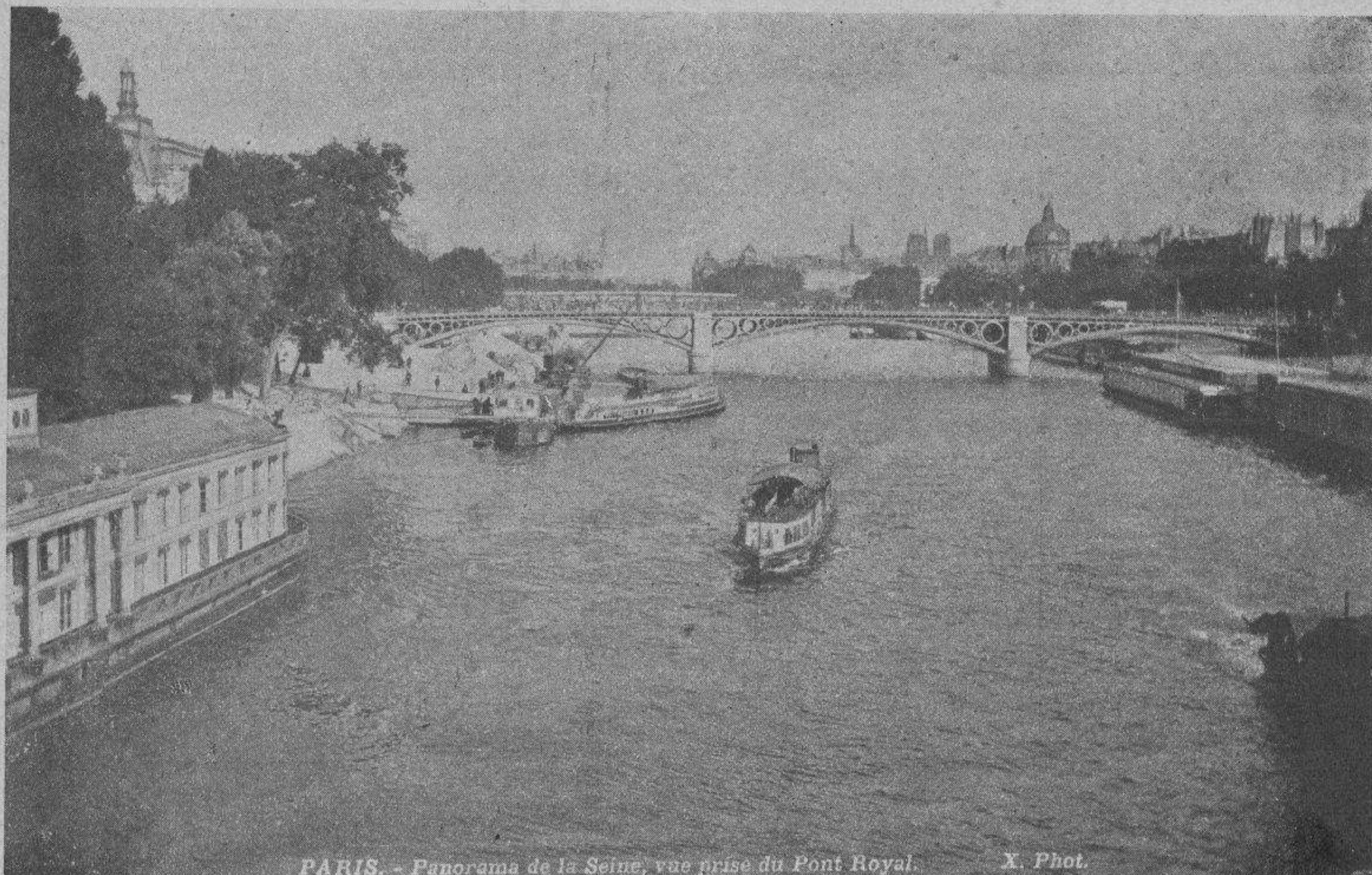
—Que será un obús, —objeté interrumpiéndole.

—O un furgón, —repuso impávido el reformista. — Pues bien; al echarla en el correo, cada oficial recoge su sección correspondiente, obviándose así los yerros de geografía. Carga la bala del cañón, que en sus dos hojas lleva en relieve el nombre de la capital, y... ¡Pum!

RICHTER



Carmen



PARÍS. — Panorama del Sena desde el Pont Royal

Sevilla. ¡Pum! Valencia. ¡Pum! Badajoz. ¡Pum! Santander. Cada proyectil á su destino...

—Pero la supresión de los carteros...

—A eso vamos. Llega el correo á la administración de Madrid, por ejemplo; y como cada cartucho contiene una contraseña para el Norte, Sur, Este ú Oeste de la ciudad á que va dirigido, la central los ordena, y con una pequeña pieza de campaña, los envía á la administración de la zona á que corresponden. Hecho esto, con el auxilio de una máquina de vapor se suben las cartas á la azotea donde les está esperando la brigada de fusileros armados de fusiles del sistema novísimo alemán Mauser ó del francés Gras, que como usted no ignora, son de una precisión y seguridad extraordinarias, pues suprimido el obturador de caoutchouc y reemplazada la aguja por un percusor más corto y más resistente, los tiros, merced á una alza, pueden alcanzar hasta 1,650 metros. Ahora bien; como en cada casa habrá un terrazo, y en él, tomando toda la fachada, un cajón relleno de estopa ó de arena, para evitar que la bala se estelle y estropee el contenido, los fusileros que serán tiradores de primera fuerza, no tienen que hacer más que coger cartuchos, leer las señas, cargar el arma y apuntar á la calle y al número de la dirección. Los inquilinos, que ya saben la hora de la distribución, suben, recogen su correo... y...

—Y no hay miedo—aduje yo—de que alguno se apodere de las cartas del vecino; porque nadie querrá hacerse cargo de una bala perdida.

En esto el cañón del fuerte nos anunció el paso del sol por el meridiano.

—¿Qué señal es ésa?—preguntó el loco poniéndose de pie.

—La del mediodía,—contesté yo sencillamente.

Pero el infeliz, prosiguiendo su tema:

—Pues me voy corriendo á casa—dijo—á ver si he tenido carta de Singapore.

ENRIQUE GASPARD.

Brindis

Lola, de mi existencia
grato tormento,
pura, como las auras
del manso viento.

—
Elegancia suprema.
Venus de Milo,
formas esculturales
de greco estilo.

—
Pecadora inocente.
Santa sublime,
que al alma condenada
salva y redime.

—
Angel de mis plegarias,
luz y colores,
que animan la paleta
de los pintores.

Dios único, en quien creo.
Belleza suma.
Cisne esbelto y gracioso,
de blanca pluma.

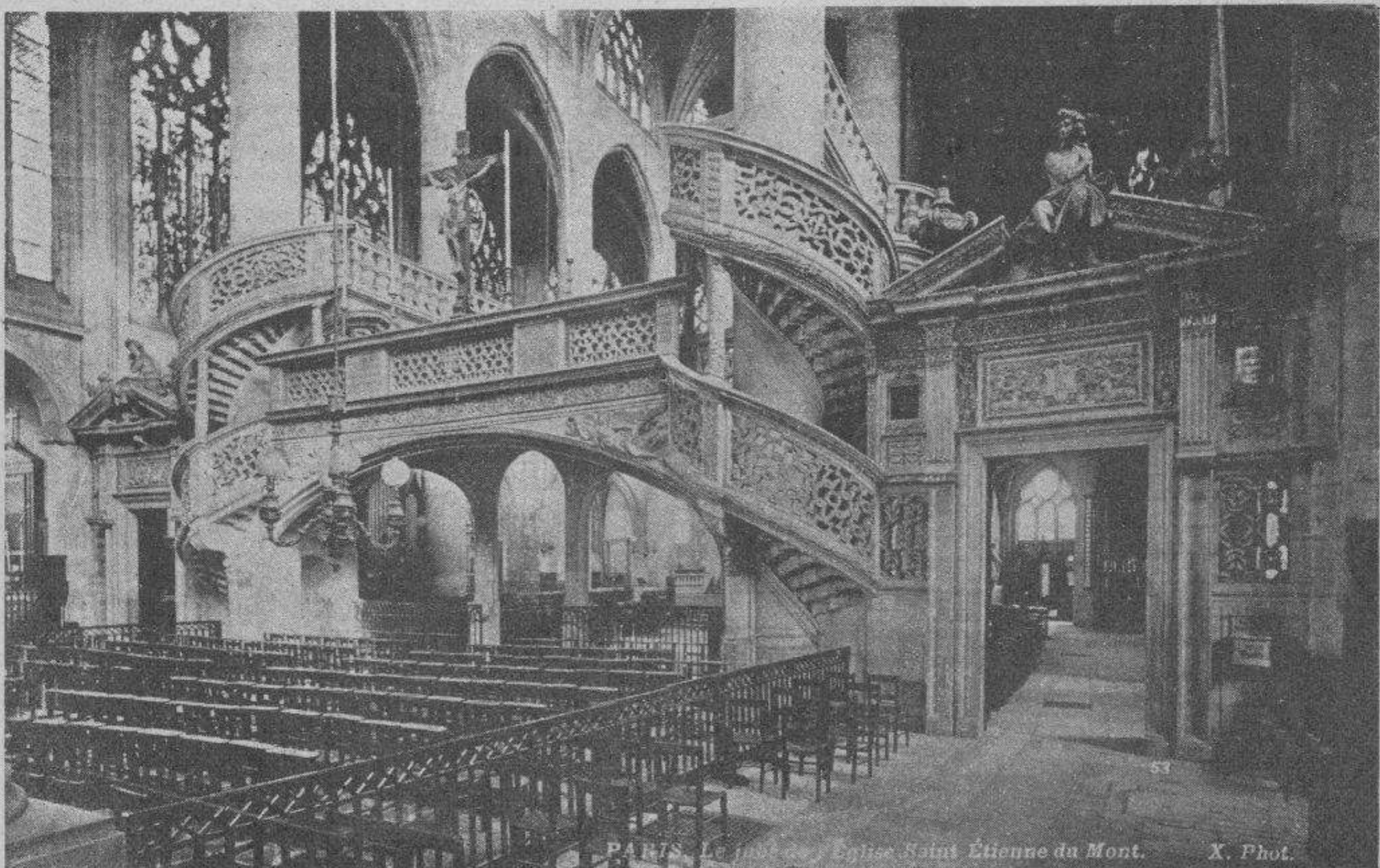
—
De los mares, sirena
fascinadora.
De las iglesias, virgen,
á quien se adora.

—
Límite del deseo.
Fin de la vida.
Pasión, como ninguna
jamás sentida.

—
Para tornarse cáliz,
hoy, esta copa,
bastará que sus bordes
toquen tu boca.

PEDRO GAY.

ALREDEDOR DEL MUNDO



PARÍS. — Púlpito de la iglesia de Saint Etienne du Mont



PORVENIR DE LAS ALMAS

Á R..., EN LA MUERTE DE SU HIJO

Si de vuestra hija fué estrella
Dar tan niña el alma á Dios,
¡Ay, feliz mil veces vos!
¡Dichosa mil veces ella!
Pues ya huella
Las celestiales alturas,
No halle en vos nunca lugar
El pesar,
Porque para almas tan puras
Morir es resucitar.

¿Para qué lloráis perdida
Esa prenda de amor tierno,
Si por un lugar eterno
Dejó un lugar de partida?
Si es la vida
Caos de dudas y penas,
¿Quién la muerte, al que bien quiere,
No prefiere,
Si el que vive, vive apenas,
Y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
Viendo á un sér puro sin vida,
La multitud, de fe henchida,
Prorrumpe:—¡Angeles al cielo!—
Ni ¿á qué duelo

Es mostrar, cuando la carga
De la existencia maldita
Dios nos quita,
Si tras de una vida amarga,
Muriendo se resucita?

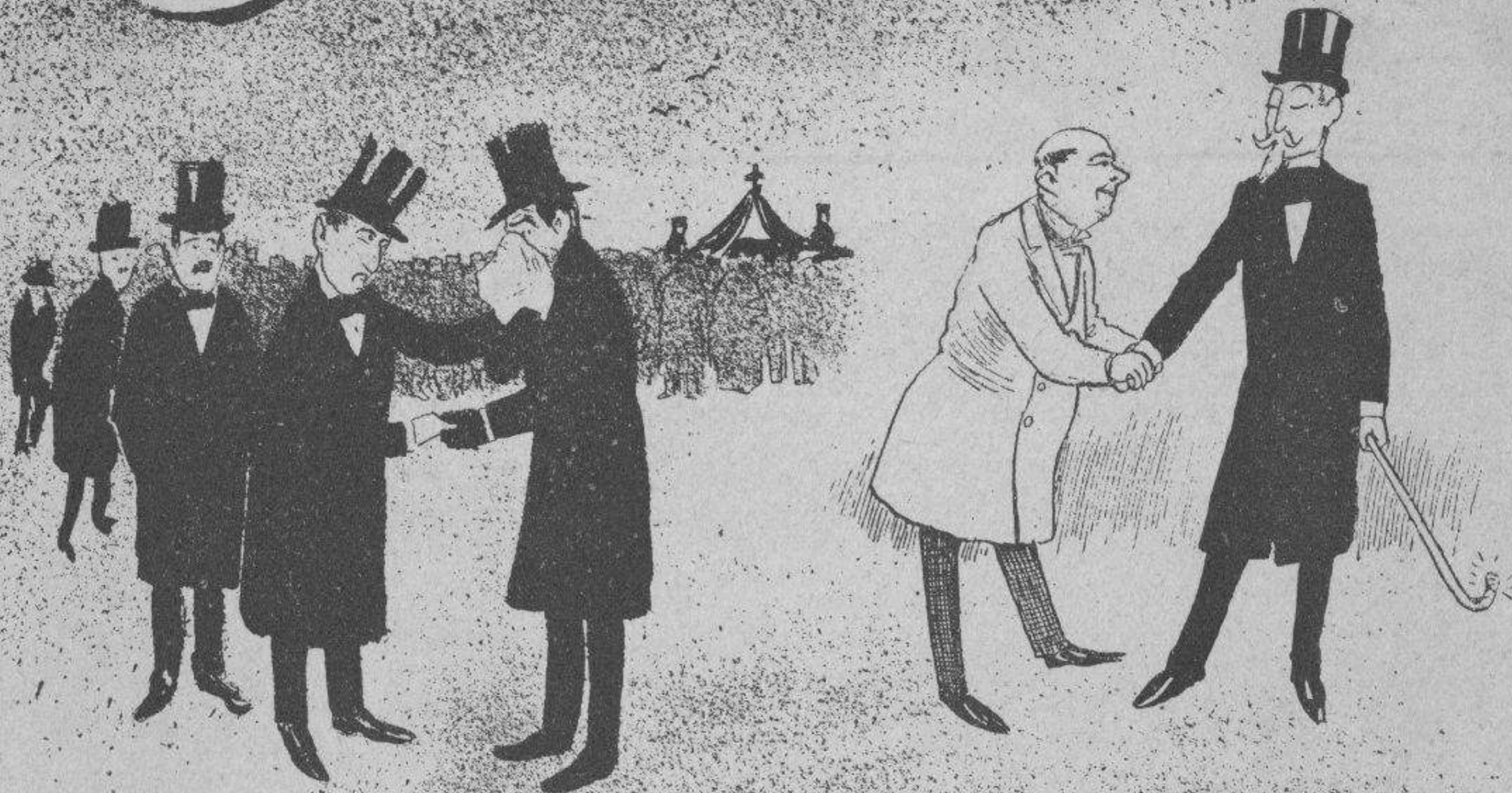
No dé á vuestra alma afligida
La más leve pesadumbre
Esa negra incertidumbre
Del *más allá* de la vida.
Si es mentida
La fe de ulterior solaz,
Al menos, los que viviendo
Van gimiendo,
En otro mundo de paz
Resucitarán muriendo.

Ya habita, aunque el desconsuelo
Os haga implacable guerra,
Un *triste* menos la tierra,
Y un *dichoso* más el cielo.
De su vuelo
Iréis vos, muriendo, en pos,
Si á Dios dais en implorar
Sin cesar,
Pues para justos cual vos
Morir es resucitar.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



COMEDIAS



TRAMPAS



Xaudaró

Dibujo de Xaudaró



Recomendamos á nuestros lectores el número próximo de nuestro semanario.



El retrato del Shah de Persia que damos en este número, ha sido publicado por un semanario como del Sultán de Turquía.

Hacemos esta aclaración para que no crean nuestros lectores que es nuestro el error.



—¿Cual es, en cuestiones de amor, la primera palabra de una mujer?

—¡Jamás!

—¿Y la última?

—¡Siempre!



En una recepción palaciega:

—¡Buena familia la tuya!—dice el rey á un elevado personaje de la Corte.

—¡Señor, — contesta éste — mis antepasados y yo hemos muerto al servicio de Vuestra Majestad!



—¡Qué bestias somos!

—¡Hombre! ¡bien pudieras hablar en singular!

—Tienes razón, sí; ¡qué bestia eres!



Preguntándole al rey don Pedro de Aragón el Legado del Pontífice, á qué fin era la armada naval que preparaba, dando celos á Italia, respondió:

—Si mi mano diestra supiese lo que hace la siniestra, me la cortara.



—¿Ha reñido usted con Gutiérrez? ¡Nunca lo hubiera creído!... Gutiérrez se tomaba mucho interés en los negocios de usted.

—Efectivamente; tanto interés... que se tomó también el capital.



Un caballero encuentra á otro en la calle, y exclama:

—Voy á darle á usted una prueba de confianza, pidiéndole un duro.

—¡Hombre! ¿Y á eso le llama usted dar?



Diciéndole á un discreto que uno decía mal de él delante de todos, respondió:

—Más quiero que lo diga uno delante de todos, que todos delante de uno.



En la playa de San Sebastián:

—¿Sabe usted nadar, Julián?

—No, señor. ¿Y usted?

—¡Ah! Yo nado en un mar de esperanzas.

—¡Es un mar muy borrascoso!...

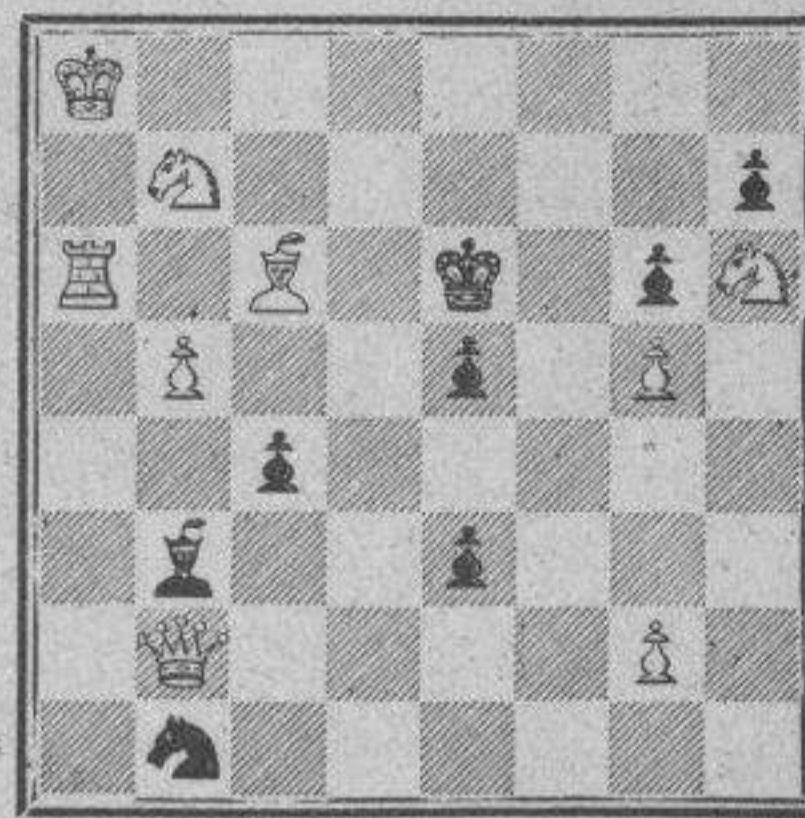
—¡Oh!... ¡Sí tall!

—Pues, por si acaso, lleve usted calabazas



Problema de ajedrez núm. 8, por VALENTÍN MARÍN

Negras (8)



Blancas (9)

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución del problema núm. 7.—1 C 3 A R—
P X C; 2 R 3 C—R 5 R †; 3 P 4 A ††.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR
V. SUÁREZ CASAÑ *

PROPIETARIO
PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado